

## LO PRIMERO

**D**urante las últimas décadas han cambiado notablemente las ideas y la práctica, tanto de los que dan los Ejercicios como de los que los hacen. Algunas de esas nuevas ideas y opiniones han aparecido en el artículo “Notas para el que da los Ejercicios” del último número de esta revista [# 87]. Otras se publican, como respuesta al artículo, en este número de nuestra revista - desde Fráncfort en Alemania, Cebú en Filipinas, Melbourne en Australia, y Cagliari en Cerdeña.

Algunas de estas nuevas ideas sobre los Ejercicios se reflejan en dos artículos técnicos. Antonio Guillén, basándose en la experiencia propia y en la de otros, aplica las Adiciones a los Ejercicios de la Vida Diaria. Françoise Greffe, tras un cuarto de siglo de experiencia de Ejercicios de la Vida Diaria, presenta una lectura de la Anotación 18. Esa Anotación permanece inactiva y sin vida durante tanto tiempo, que para muchos de nosotros es difícil pensar que no esté muerta.

Una opinión menos técnica ha ido tomando cuerpo durante ésta última época. Los directores de Ejercicios, al final del siglo veinte, ven cada vez con más claridad, que estar agradecidos a Dios es una preparación importante para hacerlos. La gratitud hacia Dios se describe de formas diferentes, y no todas usan la palabra *gratitud*. Se cita al explicar la indiferencia ignaciana, por ejemplo, pero no siempre. La gratitud se menciona, o está claramente sobreentendida en descripciones como la bien conocida de “más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y summa Bondad”. Y muchos ejercicios preparatorios de disposición propia, y de deseo de esos dones, se convierten de hecho en sentimientos de gratitud hacia Dios por sus dones al que se prepara para los Ejercicios.

Entre tantas descripciones se puede generar alguna ambigüedad sobre el significado exacto de este sentido de gratitud, como en el ejemplo famoso de la descripción del elefante, hecha por cinco ciegos. ¿No es algo enigmático que el Principio y Fundamento mencione “alabanza, reverencia y servicio”, y describa lo que significa indiferencia, pero no diga una sola palabra sobre “dar gracias”? Admitiendo que Ignacio escribió estos párrafos para filósofos y teólogos, que tenían que decidir el rumbo de sus vidas mediante una elección, era de esperar, con todo, que mencionase en algún sitio el agradecimiento.

Quizás Ignacio podría dar por supuesto que las personas con quienes trataba estaban agradecidas a Dios. Los que hoy dan los Ejercicios no pueden partir de ese supuesto. Por

ello la opinión, cada vez más general, que la gratitud es una disposición importante, necesaria para hacer bien los Ejercicios, merece ciertas consideraciones.

Y merece algo más que unas consideraciones. Ciertamente no podemos esperar que estemos, a finales del siglo veinte, automáticamente agradecidos a Dios. Al contrario, sentimos que no se compaginan

*compaginar agradecidos la  
aceptación de lo que somos y  
el control sobre la tierra y la  
vida*

fácilmente el conocimiento de lo que somos, y nuestro control técnico sobre la tierra y la vida. Aunque nuestras culturas propias nos enseñan cuál es nuestra relación con Dios, la cultura global nos arrastra a exigir, para nosotros mismos, el control de nosotros y de nuestras vidas. Después de pasar las fronteras del átomo y del código genético, nos parece que sólo a nosotros se debe todo ese avance, para bien, o, desgraciadamente, para mal.

Este es un paso crucial en la espiritualidad ignaciana, que comienza con un conocimiento de lo que significa ser criatura, sigue con una invitación a los discípulos a participar del gozo del Señor, y termina con la identidad apostólica con Jesucristo. Podemos considerar los tres elementos por separado, ser creados, gozo, e identidad con Cristo, para ver cómo están relacionados entre sí, en la espiritualidad ignaciana, por la gratitud.

**P**rimero, el ser creados. Es sintomático que en muchos lugares, del Este y Oeste, del Sur y del Norte, la mujer ha sufrido el desprecio y la tristeza durante años. Según una opinión, se trata de un problema psicológico, una forma casi patológica de “propia imagen negativa.” Sin embargo, ese punto de vista sólo ofrece una explicación parcial del mal y no sugiere el modo de remediarlo.

Pero una mañana ella se despertó con estas palabras: “Lo que existe, EXISTE”. Por fin había reaccionado. Había comenzado a quitarse de encima su propia auto-imagen, y no es preciso aclarar que era negativa. Pero también había comenzado a arrojar de sí su ateísmo práctico. De una forma instintiva también las ardillas “saben” esto. Lo que existe, EXISTE. Pero nosotros, los humanos, debemos decidir si queremos ser completamente humanos. Podemos inclinarnos por la negación -las cosas NO pueden ser como son- y esa había sido precisamente la forma de vivir de esa mujer. Todos somos libres para vivir en oposición, o vivir disgustados, por la forma cómo son las cosas. Y así es, de hecho, como mucha gente espiritual vive, en desolación más o menos permanente.

Además, para ser completamente humanos y vivir en plenitud, tenemos que ir más allá de ese mero conocimiento de “que lo que existe, existe”, que también tienen las ardillas. Tenemos que reconocer la realidad: ni hemos creado ni creamos “lo que existe”. Nosotros no nos hemos creado a nosotros mismos, ni hemos creado nuestro entorno, (palabra que abarca nuestro tiempo y lugar, concreto y limitado). Tenemos que reconocer la verdad: no somos el origen del universo, o incluso de nosotros mismos. Cuando en algún momento de nuestras vidas hacemos caso a nuestra razón, reconocemos que Otro Ser ha intervenido. Es cierto que “lo que existe, existe”. Pero hay una certeza detrás de esta primera verdad: “lo que existe, es un don”. Y el Donante vive.

Si vivimos agradecidos por lo que existe, no olvidamos que el Dador vive. En cambio si elegimos el camino de la ingratitud, olvidamos inexorablemente a nuestro verdadero Hacedor, al Santo de los Santos, con el que colaboramos al desarrollar nuestro propio

*Lo que existe, es un don. Y el Donante vive*

ser y nuestras relaciones personales, y nos integramos en nuestro entorno. Si olvidamos a nuestro Creador, intentamos, de manera oculta, suplantarle como origen de toda nuestra vida. Quizás no pensamos que somos absolutamente independientes. Pero si no nos sentimos agradecidos, actuamos en realidad como si fuéramos el Santo de los Santos. Es nuestro modo de volver a caer en la tentación original: queremos ser dioses. Y actuamos así. Sin rebozo, y contra nuestra voluntad, decidimos ser dios, al menos en lo que toca a nosotros mismos, quizás también a nuestro mundo, o al menos durante ciertas experiencias particulares de nuestra vida. Es soberbia pura y simple, raíz de la ingratitud.

Apenas unos pocos de los que acuden a hacer los Ejercicios son conscientes de haber elegido esa opción. Pero encuentran sumamente dificultoso vivir la gratitud a Dios. Esta dificultad aparece no sólo al hacer los Ejercicios, sino también en el examen de conciencia. ¿Dónde está el origen de esa dificultad, tratándose de personas que reconocen a su Creador?

Una mente dividida. Es demasiado fácil vivir con una doble mentalidad: ser agradecidos por un lado, y viviendo por otro lado a nuestro aire. Nuestra gratitud a Dios es parcial y tibia. Y una consecuencia, entre otras, es el temor al poder y a la ley. Cuando

*la respuesta es un sí. Y  
Dios  
"halló que era bueno"*

no vivimos dando gracias a Dios, comenzamos a sentir que cualquier mandato es una imposición, cualquier ley una intromisión, cualquier norma un acto de fuerza. Con ese talante no podemos ya conocer los mandamientos que el Espíritu ha escrito en nuestros corazones. Nuestro corazón no nos induce a obedecer, y nos sometemos simplemente. Si no nos sentimos agradecidos, pero pretendemos permanecer fieles a Cristo, como Pierre Emonet explica en su

breve artículo, entonces no tenemos otra salida que decir "me someto".

Esta sería una manera desgraciada de comenzar la Primera Semana, que por otra parte suscita un tema interesante e instructivo. Entre los actuales directores de Ejercicios con poca experiencia, existe la sensación que las Adiciones y las Notas de los Ejercicios son, de algún modo impreciso, restrictivas. Un freno. Incluso una molestia. Pero los que agradecen la existencia de los Ejercicios, como Michele Lavra y Pietro Schiavone (en sus notas sobre las características de la experiencia de los Ejercicios) tienen una opinión muy diferente.

Nacemos, sin embargo, en pecado (y eso influye en nuestra espiritualidad, como indica con valentía Andrew Hamilton). Por ello hay una tercera plaga que ataca a las personas ingratas, aparte de la soberbia y la división de la mente: la proclividad hacia uno de los mayores desórdenes de una vida, que es el camino de los pecados que llamamos capitales: soberbia, avaricia, lujuria, y todos los demás males que no han desaparecido con las vacunas. Cada uno de estos pecados, como los capitanes de bandoleros, está acompañado de una corona de secuaces, sentimientos inconfesables, malos pensamientos y libertades truncadas. La avaricia por ejemplo. Bajo la divisa "esto lo necesito", el hombre se apresura a acumular posesiones, como se apilan las monedas,

simplemente para mirarlas, incapaz de contener su deseo de acumularlas, pero sin libertad para usarlas, para entretenerse o divertirse. Sentimientos inconfesables, malos pensamientos y libertades truncadas. El avaro, como el envidioso, el dominado por la gula, y el perezoso, viven sin agradecer nada y sin gozar de la vida.

**E**sto nos da paso al segundo motivo, de por qué vivir en acción de gracias es esencial en la espiritualidad ignaciana: el gozo en el Señor. Para los cristianos no basta solamente decir SI a la creación-obra de Dios, a lo que existe. No basta perdurar de forma estática, como los estoicos. Más bien estamos llamados a amar la tierra y a la humanidad. A alegrarnos por el universo que cada día sigue naciendo, a encontrar gozo intenso en las células de nuestro organismo y en la manera de ser de nuestro espíritu, con todas sus limitaciones e imperfecciones. Sólo los humildes se compenetran con el SI de los cantos salmódicos: “que se alegre el cielo y la tierra, y que toda la Creación entone un himno”. Sólo el humilde lo siente de veras. Porque no hay en la tierra ni seres humanos, ni sus entornos, que sirvan de ideal a los hombres, sean o no sean cristianos. Mas bien abunda lo contrario en todos los rincones del mundo. Y, sin embargo, ¿somos invitados a vivir con gozo?

La respuesta es un sí, que comienza en Dios. Dios que crea el sol, el aire, el pan y los amigos. Y Dios “halló que era bueno”. Y al crearnos a los hombres nos legó este sentimiento. “Es bueno” está grabado en lo íntimo de nuestro ser. Hemos sido creados para conocer que la Creación es algo bueno. Cuando nosotros, criaturas, nos despertamos y conocemos lo que somos, nos damos cuenta que nuestro primer deber es gozar de todas las cosas buenas. Vivimos para reconocer lo bueno en el mundo y en todos los seres que hay en él. Hemos sido creados para vivir el gozo, para gozar.

Por eso, cuando nos olvidamos de dar gracias, nuestro gozo sufre. El gozo desaparece. Podemos trabajar para alcanzar la felicidad, y podemos alcanzarla, y podemos lograr el placer. Pero el gozo, ese don, no lo tendremos. Porque el gozo es un don de la luz y el calor, que están unidos a nuestro SI a la creación de Dios. Como la bombilla pálida se convierte en viva luz al decir que sí a la electricidad. Y nosotros no merecemos este don del gozo, como tampoco la fría bombilla recibe la electricidad por sus propios méritos. Recordemos, al llegar aquí, que este año es el año del Espíritu Santo, que nos da esos dones, como dice San Pablo. Su lista de ellos comienza con “el amor, el gozo, y la paz (Gl, 5,22). El fundamento de todos estos dones es la humildad.

Es el humilde quien dice SI a lo que existe. Quien reconoce con humildad la verdad en sí mismo y en su entorno. Lo retrata bien el dicho escolástico: “hablando con objetividad, la humildad es la verdad”. Los directores actuales de Ejercicios usan términos más subjetivos: “humilde es el que se acepta a sí mismo (y a su entorno), tal

*cuando nosotros, criaturas,  
nos despertamos, nos damos  
cuenta que nuestro primer  
deber es gozar*

como es. Dan su SI, porque Aquel a quien siguen también lo dio :” en Él se cumplió el SI” (2 Cr. 1:19).

La tercera característica que debemos citar como disposición esencial para los Ejercicios es la identidad con el SI de Jesucristo.

Este SI de Jesucristo se diferencia de otros grandes SÍES, porque está unido a lo que otros consideran negativo y completamente estéril: la Cruz. Para decirlo más claramente, como lo hacen más adelante las respuestas desde Alemania y Cebú, el SI cristiano significa un amor tan grande hacia Cristo que nos hace desear ir donde Él fue, y seguir el camino que Él siguió. Jesús de Nazaret no dio un SI a un mundo ideal. Dijo SI a nuestro mundo, a la experiencia humana, tal como la conocemos desde los tiempos de Adán, a un mundo dominado por la fuerza, cuyos dirigentes civiles son ferozmente represivos, y cuyos dirigentes religiosos están divididos y al borde de la mutua destrucción. El camino que Él escogió lleva a la Cruz.

Por consiguiente, el sonido de este SI, en las almas de los que conocen a Cristo, va más allá de una mera alabanza a la armonía, belleza y esplendor del mundo natural. Nuestro SI tiene el valor de un agradecimiento hondo y total. Mientras Jesús vivía como nosotros vivimos, comenzaba sus oraciones con la acción de gracias: “Te doy, gracias, Padre”. Daba gracias, aprobando y afirmando su estima hacia el mundo que Él conocía -los pájaros del cielo y los lirios del campo, el horizonte matutino sonrosado, y las mieses doradas y maduras, dando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, experimentando el hambre de las gentes, llamando amigos a los que Dios puso a su lado- porque así eran las cosas, y así se las encontró Jesús. Eligió ver que las cosas eran así porque así lo quiso el Padre. Incluso cuando Él quería sinceramente cambiar la manera de ser de las cosas, y oraba para que cambiasen, añadía “pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Y así dejaba en manos de Dios Padre el crear las cosas según su voluntad -” en Él se cumplía el SI”

*la gratitud sincera nos  
impulsa a dar*

Este SI le llevó a la participación. Vino para participar de nuestra humanidad, y -aunque las palabras no nos desvelan el misterio- para hacernos partícipes de su divinidad. Al final participó en una cena con sus amigos, y les dijo que nos hicieran al resto de nosotros partícipes también de esa cena.

Cuando nuestra acción de gracias sale del corazón y se asemeja a la suya, nos impulsará a dar, a “la mutua participación”. Esta acción se deriva de aquel “halló que era bueno”, que dijo Aquel a cuya imagen somos creados: el Dador de dones, de todos los dones. Aquí está la raíz de la fe que promueve la justicia. Aquí está la raíz de la iluminadora y atinada expresión de Ulpiano Vázquez, “la perfección humana es apostólica”. Si creemos que somos creados a imagen de Dios, Creador y Señor, nuestra fe actuará.

Y nuestros actos serán reflejos del modo de actuar de Dios, que crea. y al crear nos concede dones y nos hace participar.

Esta participación incluye, *mysterium tremendum*, el don de Dios, de la Segunda Persona, que vino a vivir en nuestra carne. Se nos ha encomendado que hagamos a toda la humanidad partícipe de este don. Y completando lo que San Pablo dijo sobre el SI de Jesús: “pues el Hijo de Dios, Cristo Jesús,..no fue un sí y un no, ya que en Él se cumplió el SI; porque todas las promesas de Dios en Él cumplieron el SI (2 Cr I, 19,20).